

do oscuro y sereno, su ejército infinito de estrellas.

La casa estaba coquetamente decorada con el adorno propio del día. El heno colgaba de los árboles, entónces despojados de hojas, se enredaba en las columnas de madera de los corredores, formaba cortinas en las puertas, se tendía como alfombra en el patio, y cubría casi enteramente las rústicas mesas. Tal adorno es el favorito en estas fiestas del invierno en todas partes. Parece que la poética imaginación popular lo escoge de preferencia en semejantes días para representar con él las últimas pompas de la vegetación. El heno representa la vejez del año, como las rosas representan su juventud.

El alcalde, honrado y buen anciano, padre de una numerosa familia, labrador acomodado del pueblo, presidía la cena, como un patriarca de los antiguos tiem-

pos. Junto á él nos sentábamos nosotros, es decir, el cura, el maestro de escuela y yo.

La cena fué abundante y sana. Algunos pescados, algunos pavos, la tradicional ensalada de frutas, á las que dá color el rojo betabel, algunos dulces, un *puding* hecho con harina de trigo, de maíz y pasas, y todo acompañado con el famoso y blanco pan del pueblo, hé ahí lo que constituyó ese banquete, tan variado en otras partes. Se repartió algun vino; los pastores tomaron una copa de aguardiente á la salud del alcalde y del cura, y á mí me obsequiaron con una botella de Jerez seco, muy regular para aquellos rumbos.

Concluida que fué la cena, el maestro de escuela llamó por su nombre á uno de los niños, sus alumnos, y le indicó que recitara el romance de Navidad que había aprendido ese año. El niño fué á tomar

lugar en medio de la concurrencia, y con gran despejo y buena declamacion, recitó lo siguiente :

Repastaban sus ganados  
A las espaldas de un monte  
De la torre de Belen,  
Los soñolientos pastores.

Alrededor de los troncos  
De unos encendidos robles,  
Que restallando á los aires  
Daban claridad al bosque;  
En los nudosos rediles  
Las ovejuelas se encogen,  
La escarcha en la yerba helada  
Beben, pensando que comen.

No léjos, los lobos fieros  
Con sus aullidos feroces  
Desafian los mastines,  
Que adonde suenan responden,  
Cuando las obscuras nubes  
De sol coronado rompe  
Un capitan celestial  
De sus ejercitos nobles.

Atónitos se derriban  
De si mismos los pastores,  
Y por la lumbre las manos  
Sobre los ojos se ponen.

Los perros alzan las frentes,  
Y las ovejuelas corren,  
Unas por otras turbadas  
Con balidos desconformes,  
Cuando el nuncio soberano  
Las plumas de oro descoge,  
Y enamorando los aires  
Les dice tales razones :  
« Gloria á Dios en las alturas,  
Paz en la tierra á los hombres ;  
Dios ha nacido en Belen  
En esta dichosa noche.

Nació de una pura Virgen :  
Buscadle, pues sabeis donde,  
Que en sus brazos le hallareis  
Envuelto en mantillas pobres. »

Dijo, y las celestes aves  
En un aplauso conformes,  
Acompañando su vuelo  
Dieron al aire colores.

Los pastores convocando  
Con dulces y alegres sonos  
Toda la tierra, derriban  
Palmas y laureles nobles.

Ramos en las manos llevan,  
Y coronados de flores,  
Por la nieve forman sendas  
Cantando alegres canciones.

Llegan al portal dichoso;  
Y aunque juntos le coronen  
Racimos de serafines,  
Quieren que laurél le adorne.

La pura y hermosa Virgen  
Hallan diciéndole amores  
Al Niño recién-nacido  
Que Hombre y Dios tiene por nombre.

El santo viejo los lleva  
Adonde los piés le adoren,  
Que por las cortas mantillas  
Los mostraba el Niño entónces.

Todos lloran de placer;  
Pero ¿qué mucho que lloren  
Lágrimas de gloria y pena,  
Si llora el Sol por dos soles?  
El Santo Niño los mira,  
Y para que se enamoren  
Se rie en medio del llanto,  
Y ellos le ofrecen sus dones.

Alma, ofrecedle los vuestros;  
Y porque el Niño los tome,  
Sabed que se envuelve bien  
En telas de corazones. »

Todos aplaudieron al Niño; el cura me preguntó :

— ¿Conoce usted ese romance, capitán?

— Francamente, no; pero me agrada por su fluidez, por su correccion, y por sus imágenes risueñas y deliciosas.

— Es del famoso Lope de Vega<sup>1</sup>, capitán. Yo desde hace tres años, he hecho que uno de los chicos de la escuela recite, despues del banquete de esta noche, una de estas buenas composiciones poéticas españolas, en lugar de los malísimos versos que habia costumbre de recitar y que se tomaban de los cuadernitos que imprimen en México y que vienen á vender por aquí los mercaderes ambulantes. Esos versillos solian ser, además de muy malos,

1. Lope de Vega Carpio — *Rimas sacras*. Puede verse tambien en el *Romancero y cancionero sagrados* que forma el tomo 35 de la *Biblioteca de autores españoles*, de Rivadeneyra, donde lleva este romance el número 233.

obscenos, así como los *misterios* ó *pastorales* que se representaban, mas bien para poner en ridículo la escena evangélica, que para honrarla en la fiesta que la recuerda. De este modo, los niños van enriqueciendo su memoria con buenas piezas, que se hacen despues populares, y se ejercitan en la declamacion, dirigidos por mi amigo y su maestro, que es muy hábil en ella.

— Señor, respondió el maestro de escuela, dirigiéndose á mí: ya he dicho á vd. que todo lo que sé, lo debo al hermano cura; y ahora añadiré, por que es para mí muy grato recordarlo esta noche, que hoy hace justamente tres años..... Permítame, usted, hermano, que yo lo refiera; se lo ruego á vd., añadió, contestando al cura que le pedia se callase: hoy hace tres años que iba yo á ser víctima del fanatismo religioso. Era yo un infeliz preceptor de un

pueblo cercano, que habiendo recibido una educacion imperfecta, me dediqué sin embargo, por necesidad, á la enseñanza primaria, recibiendo en cambio una mezquina retribucion de doce pesos. Servia yo, ademas, de notario al cura y de secretario al alcalde, y trabajaba mucho. Pero en las horas de descanso procuraba yo ilustrar mi pobre espíritu con útiles lecturas que me proporcionaba encargando libros ó adquiriéndolos de los viajeros que solian pasar, y que, mirando mi aficion, me regalaban algunos que traían por casualidad. De este modo pasé catorce años; y como es natural, á fuerza de perseverancia, llegué á reunir algunos conocimientos, que por imperfectos que fuesen me hicieron superior á los vecinos del lugar, que me escuchaban siempre con atencion y á veces con simpatía y participando de mis opiniones. Entónces acertó á llegar de cura á este

pueblo, sustituyendo al antiguo que habia muerto, un clérigo codicioso y de carácter terrible. Comenzó á resuscitar costumbres que iban olvidándose, y á imponer gabelas que no existian; todo, por supuesto invocando la religion. Trató desde luego de ponerme bajo su inspeccion; desaprobó mi método de enseñanza; me ordenó suspender las clases de lectura, escritura, geografía y gramática que habia establecido, reduciéndose á enseñar solo la doctrina, y acabó por querer tambien asesorar á la autoridad municipal en todos sus asuntos, pero en su propio interés, y tanto, que con motivo de las nuevas leyes dadas por el gobierno liberal, predicó la desobediencia y aun se puso de acuerdo con las partidas de rebeldes que por ese rumbo aparecieron luchando contra la *Constitucion*. Yo entonces creí conveniente advertir á la autoridad el peligro que habia en escuchar las

sugestiones del cura, y me manifesté opuesto á sujetarme á sus órdenes en cuanto á la enseñanza de mis niños. Por otra parte, como el inventaba fiestecitas y sacaba á luz nuevos santos con el objeto de aprovecharse de los donativos, que por diversos motivos adquiria además, pues no administraba los sacramentos sin recibir en cambio reses, semillas ó dinero, yo, inspirado de un sentimiento de rectitud, me manifesté disgustado y hablé sobre ello á los vecinos; pero el cura habia trabajado con habilidad en la conciencia de esos infelices, y haciendo mérito de varias opiniones mias opuestas al fanatismo y á la idolatria que reinaban de antemano allí, me presentó como un hereje, como un maldito de Dios y como un hombre abominable. Yo nada pude hacer para contrarestar aquella hostilidad; las autoridades no me sostenian, subyugadas por el cura como

lo estaban, y me resigné á los peligros que me traía mi independecia de carácter. No aguardé mucho tiempo. Al llegar la Noche Buena de hace tres años, el pueblo, embriagado y excitado por un sermón del cura, se dirigió á mi casa, me sacó de ella y me llevó á una barranca cercana á esta poblacion para matarme. ¡Figúrese vd. la afliccion de mi mujer y de mis hijos! Pero el mas grandecito de ellos, iluminado por una idea feliz, corrió á este pueblo, donde hacia poco habia llegado el hermano cura aquí presente y que me habia dado muestras de amistad las diversas veces que habia ido á ver mi escuela. Mi hijo le avisó del peligro que yo corria, y no se necesitó más; vino á salvarme. En manos de aquellos furiosos caminaba yo maniatado, y ya habia llegado á la barranca, con el corazón presa de una angustia espantosa, por mi familia; ya aquellos hombres, ébrios y en-

gañados se precipitaban á darme la muerte por hereje y maldito, cuando se detuvieron llenos de un terror y de un respeto solo comparables á su ferocidad. Iba á amanecer, y la indecisa luz de la madrugada alumbraba aquel cuadro de muerte, cuando de súbito se apareció en lo alto de una pequeña colina cercana, un sacerdote, vestido de negro, que hacia señas y que se acercaba al grupo apresuradamente. Seguíanle este mismo señor alcalde, que entonces lo era tambien, y un gran grupo de vecinos. El hermano cura llegó, se encaró con mis verdugos y les preguntó porque iban á matarme.

— Por hereje, señor cura, le respondieron: este hombre no cree en Dios, ni es cristiano, ni va á misa, ni respeta á nuestros santos, y es enemigo del *padrecito* de nuestro pueblo, y éste nos ha dicho que era bueno que lo matáramos, para quitarnos

este diablo de la poblacion que se está *saland*o con su presencia.

Ya supondrá vd., capitán, lo que el hermano cura les diría. Su voz indignada, pero tranquila, resonaba en aquel momento como una voz del cielo. Les echó en cara su crimen; los humilló; los hizo temblar; los convenció, y los obligó á ponerse de rodillas para pedir perdon por su delito. Yo creo que temian que un rayo los redujera á cenizas. Se apresuraron á desatarme; me entregaron libre al cura, quien me abrazó llorando de emocion; vinieron á suplicarme que los perdonara y en ese momento apareció mi infeliz mujer, jadeando de fatiga, gritando y mostrando en sus brazos á mi hijo mas pequeño, implorando piedad para mí. Al verme libre; al ver á un cura, á quien reconoció desde luego, lo comprendió todo: corrió á mis brazos, y no pudiendo más, perdió el sentido. Aque-

lla gente estaba atónita; el hermano cura que habia recibido en sus brazos á mi pequeña criatura, lloraba en silencio, y todo el mundo se habia arrodillado. En ese momento salió el sol, y parecia que Dios fijaba en nosotros su mirada inmensa.

¡Ah, señor capitán! ¡como olvidar semejante noche! La tengo grabada en el alma de una manera constante; y si alguna vez he creído ver la sublime imágen de Jesucristo sobre la tierra, ha sido esa, en que el hermano cura me salvó á mí de la muerte, á toda una familia infeliz de la orfandad, y á aquellos desgraciados fanáticos, del infierno de los remordimientos.

— Y nosotros, dijo el alcalde, llorando con una voz conmovida pero resuelta, y dirigiéndose al concurso que escuchaba enternecido; nosotros allí mismo hemos jurado no permitir jamás, aun á costa de

nuestras vidas, que se mate á nadie: no digo á un inocente, pero ni á un criminal, ni á un salteador, ni á un asesino. El hermano cura nos convenció para siempre de que los hombres no tenemos derecho de privar de la vida á ninguno de nuestros semejantes; de manera que si la ley manda ajusticiar á alguno de sus delitos, que ella lo haga, pero fuera de nuestro pueblo: aquí hemos de procurar que nunca se haga tal cosa, porque el pueblo se mancharía; y para no vernos en esa vergüenza y en ese conflicto, lo que tenemos que hacer es ser honrados siempre.

— ¡Siempre! ¡siempre! resonó por todas partes, pronunciado hasta por la voz de los niños.

El cura me apretaba la mano fuertemente, y yo besé la suya, que regué con unas lágrimas que hacia años no habia podido derramar.

Cuando hubo pasado aquel momento de profunda emocion, el cura se apresuró á presentarme á dos personas respetabilísimas, sentadas cerca de nosotros y que no habian sido las que ménos se conmovieran con el relato del maestro de escuela. Estas dos personas eran un anciano vestido pobremente de estatura pequeña, pero en cuyo semblante, en que podian descubrirse todos los signos de la raza indígena pura, habia un no sé qué que inspiraba profundo respeto. La mirada era humilde y serena; estaba casi ciego, y la melancolía del indio parecia de tal manera característica á ese rostro, que se hubiera dicho que jamas una sonrisa habia podido iluminarlo.

Los cabellos del anciano eran negros, largos y lustrosos, á pesar de la edad; la frente elevada y pensativa; la nariz aguilena; la barba poquísima y la boca severa.